

TintaLibre, 1. März 2024

of Books. Sus consideraciones generales también son sabias: no cree “que se haya escrito nunca una novela de alguna calidad que no haya ofendido a alguien”, además de dejar sin corregir en sucesivas ediciones las incoherencias detectadas en *El espía que volvió del frío*.

La golosina mayor en su vejez fueron los innumerables proyectos de adaptaciones al cine, a miniserias, a documentales, y por eso conmueve la carta que dirige Hugh Laurie (*iHouse!*), rendido ante su “incomparable Roper” en *El infiltrado* o la que manda a Gary Oldman por la suya mientras pide la nacionalidad irlandesa (“odio el Brexit, odio a Trump” y cuando sigue temiendo “un auge del fascismo blanco”). Pero quizá la más impresionante de todas las cartas sea la respuesta a un niño de 10 años sobre qué hacer para ser espía. Le cuenta que serlo significa “decidir cuánto estás dispuesto a hacer mediante métodos deshonestos” y un niño es demasiado joven para hacerlo o incluso para pensar en ello. Y un brinco más da el corazón al leer en 2009, a propósito de Israel y Palestina, que “no podemos tratar los síntomas sin atacar la enfermedad en sí; no diezmado a los gazatíes, sino mediante una negociación creativa y decidida”. Hoy son 30.000 menos.



La izquierda fuera de sitio

Cuando un libro va como un rayo de luz directo al asunto pueden pasar dos cosas: estar ante un ejercicio de demagogia desahogado o ante la síntesis de una experiencia vital que rehúye jeroglíficos y artificiosidad. A sus casi 70 años, el libro de Susan Neiman es lo segundo de una forma tan alegre, jovial y esperanzada que una tiene la tentación de acabar aplaudiendo al cerrar el libro. No es una obra maestra ni tiene la menor pretensión de serlo, pero sí quiere ser un libro útil para quitar de la cabeza de mucha gente de buena fe, de izquierda y progresista y chachi, la obsesión por unas cuantas banderas que miran antes al reaccionarismo que a la sustancia ideológica de la izquierda más útil a las mayorías. ¿Pudo tener sentido la defensa de los derechos de las minorías asediadas y maltratadas con el estado de alerta que designa lo *woke*? Claro que sí, y los avances han sido espectaculares, pero convertir esas banderas en la causa monotemática y semipuritana de la izquierda del siglo XXI repudia su propio origen en el pensamiento ilustrado.

Y eso hace esta experta académica: quitarle de encima la caricatura y la simplificación a la Ilustración para entender como derechos sociales la vivienda, la salud y la educación. Sabe perfectamente **Susan Neiman** que en Europa esos principios están mejor protegidos que en Estados Unidos, pero todavía muy lejos de una resolución óptima de las desigualdades entre clases. Su eje empieza a ser ya un clásico moderno al escribir contra el tribalismo de la izquierda *woke*: no se defiende a un negro maltratado por negro sino por persona. Se antoja perfectamente razonable su alegato en favor del futuro de la izquierda y de un potencial “frente popular” contra el auge de la ultraderecha sin retórica religiosa y esperanzada. Es otro regalo extra de alguien capaz de rebatir argumentos inconsistentes, sean de Carl Schmidt, sean de Michel Foucault, con la misma tranquilidad con la que debe impartir unas clases que ya nos habremos perdido. Al menos deja este libro ameno, valiente, certero e inteligente para confirmar que la izquierda puede hacer por sí misma mucho más de lo que hace si deja de comprar mercancía averiada, pierde su pulsión tribal e infantilizada y centra sus objetivos y batallas sin dejarse robar la cartera.

Susan Neiman, *‘La izquierda no es woke’*, Barcelona, Debate, 2024, 216 pp. Trad. de Victoria Gordo del Rey.



Contra el catecismo

Pertenezco como tantas de vosotras al sufrido club de cultillas (y cultillos) que aborrece con todas sus fuerzas la autoayuda que se amontona en las librerías de las estaciones de tren y aeropuertos. Básicamente porque la autoayuda la encuentro –aparte del sexo, la charla, las series y el sexo, además del sexo– en libros imprevistamente felices: la ayuda llega sola sin receta. Un poeta tan delicadamente sobrio y feliz como **Juan Antonio González Iglesias** figura desde hoy, a sus cincuentaytantos, como autor de un libro de autoayuda que no tiene ninguna de las dolorosas simplezas habituales en ellos: cuidadoso, metódico, discreto, sutil y siempre ameno para contar cosas sobre lo que podemos ser cada una y cada uno. No saca la patita del académico que es, usa su inspiración y sensibilidad de poeta sin desmadrarse y cede la voz a quienes saben desde la remotísima antigüedad y están más vivos que la mitad planetaria de los libros habidos y por haber, se llamen Epicuro o Séneca, Horacio, Marcial o Marco Aurelio. La inaudita ventaja es que González Iglesias se los sabe de memoria a todos y no necesita ni predicarlos ni prescribirlos: le basta con contagiarlos.

Juan Antonio González Iglesias, *‘Historia alternativa de la felicidad’*, Barcelona, Ediciones B, 304 pp.



Inverosímil decepción

Casi todas hacemos lo mismo: si Leila Guerriero recomienda efusivamente (o incluso francamente) un libro, es difícil resistirse a una influencia global como ella. Así me tomo yo al menos sus gustos y juicios, y más aún tras leer fascinada (voy por la mitad) su último libro, *La llamada*, sobre una superviviente secuestrada y violada por la dictadura argentina. Digo que voy por la mitad y digo además que no tengo ninguna duda de que la terminaré porque me tiene enganchadísima: yo no soportaría ser amiga de esa mujer protagonista que se lo deja todo, se olvida de todo y se despista sin parar. Pero el libro es fascinante en cualquier caso. Pues esta misma Leila Guerriero quedó rendida a su vez ante el último libro de **Rodrigo Fresán** y decidí seguir haciéndole caso. El problema es que no he pasado de la página 150 con la consiguiente angustia existencial: me dije a mí misma que no podía escribir una reseña de un libro que no había terminado, que era una inmoralidad y además un fraude. ¿Quién me aseguraba que a partir de la página 151 el libro no remontaba el vuelo de forma genial, aunque Leila Guerriero debía habernos avisado en caso de que fuera así? Vale, hice trampa porque merodeé por las páginas siguientes, salté aquí y allá, creí que quizá sí cambiaba algo pero no pasó, y me sabe mal. No he sido capaz de ver nada más que una prosa de asombrosa incontinencia acrítica, víctima de la discrecionalidad de las ocurrencias menores y mayores, las ramificaciones y la arborescencia sin arquitectura ni control de un relato de raíz autobiográfica explícita. Cuenta en la interminable nota final de agradecimientos (debe de ser la más larga de la historia universal de la literatura) que él no es el protagonista del libro, Land, pero sí comparten “la raíz” de varias experiencias, geografías y complicidades, aunque luego Land “se va por las ramas. Yo no hice más que seguirlo a él desde mi raíz hasta lo más alto de su copa”. Creo que está bien explicada la causa central del desapego que en mí ha causado un libro que no logra anclarse o aterrizar para hacerte sucumbir a su magia potencial, y a veces me ponía también nerviosa, para qué engañarnos: “se escribe para olvidar lo que una vez se escribió mientras que se lee queriendo recordar para siempre lo que se leyó”. Yo solo he sucumbido al aburrimiento y a la pereza de seguir. Lo siento. **TL**

Rodrigo Fresán, *‘El estilo de los elementos’*, Barcelona, Random House, 2024, 688 pp.

